

La casa

Judith Nieto



13

Ethel Gilmour. *Tu casa, mi casa*. Óleo sobre tela. 117 x 110 cm. 1990-1991. Colección Corporación Casa de Ethel y Jorge

La casa es un lugar amigo, un punto donde vive inmóvil la tormenta del tiempo. En la casa están la vida y los recuerdos. Ella, amplia

o estrecha, habitada o desocupada, siempre está dispuesta a dar acogida. La casa, abierta o cerrada, produce curiosidad; sus puertas so-

brias o talladas parecen reclamar las miradas de moradores y transeúntes que tantas veces se detienen a contemplar un portón, a revisar los detalles de la aldaba —palabra sonora— que, particularmente en provincias y pueblos lejanos a las urbes de hoy, sirve para llamar la atención de quienes se resguardan en la casa, quienes luego del sonido sobre la madera o el metal se disponen a abrir cerraduras y a hacer pasar al visitante, o a desconocer al forastero. En la casa de antes, el llamado estaba precedido por un golpe soportado por la puerta; en las de hoy, un timbre es el que indica que afuera hay alguien expectante.

Así es: de las puertas, de los umbrales de la casa se tienen conocimientos insospechados por sus residentes; como los que sirven de indicación, de señal para llegar a un lugar, para encontrar una ruta, para saber un destino, un horizonte, un... Pero de la casa, de la que existe al cruzar la puerta que se abre para acoger a quien en ella vive, de esta se sabe poco. El mundo de afuera es oscurecido por esa lámina elevada que se desgonza y se cierra para así dar paso a la vida de adentro, la que esconde el eco del bullicio y hasta de la calma.

La casa, lugar en el que sus moradores terminan por acostumbrarse a todo lo que de ella hace parte, es el espacio sobre el que poco se piensa. Tal vez porque su topografía suele permanecer tantas veces intacta y en la que siempre están los pisos de granito, de baldosa, de madera o de barro. En la que continúan los muros levantados y fortalecidos a fin de proteger a quienes viven bajo el mismo techo y, por qué no, para cumplir con su misión de custodiar los prolongados o reducidos corredores con jardines húmedos. Es la casa en la que siguen las ventanas con sus colores desvanecidos o recién retocados, en la que es infaltable el cuarto a oscuras con la puerta entreabierta, la puerta misteriosa que pocos se atreven a franquear. O la que, apenas levantada con frágiles soportes para recibir el techo de plásticos

escurridos y cartones endebles, logra albergar a quienes consideran que esa escasez que les permite guarecerse, y donde día a día estrenan su extremada mudez, se llama casa. Es la casa la que acoge a los sin techo.

Pero en la casa, independiente de cómo y de qué esté construida, hay la posibilidad de que quienes la habitan se acostumbren a verla, pero no a pensarla. La cotidianidad que rodea lo que es ocupar la residencia impide pensar sobre lo que puede ser la casa, meditar en particular sobre su esencia que permite ser asilo, pero, ante todo, célula para el propio conocimiento. Y también la vivienda es el espacio que, desde la quietud y sin urgencia del afuera, nos permite conocer mediante diferentes recorridos por el mundo. Aventura posible cada vez que, en su contención, contemplamos una pintura, escuchamos música, leemos un libro, consultamos un mapa, atendemos a la noticia lejana que nos llega y, hasta cuando hacemos vidas posibles, y sin necesidad de un desplazamiento que implique salir o abandonar el albergue.

Y hay algo más; la casa, la que prodiga el conocimiento propio y el de los otros, reserva desde su detenimiento espacios para sus vivientes y para otros que un día vendrán. Es el lugar donde se da el encuentro de tantas existencias: las de los objetos que, en su singular estar ahí, protegen rincones y esquinas, y las de sus refugiados, quienes, cada vez que se apoyan en una pared encalada, le recuestan un recuerdo. Lo hacen sin pensar en la memoria que puede soportar una casa, por frágil que esta sea. La memoria es la que produce la nostalgia que se siente al deshacer una casa que se va a dejar. La casa tiene memoria y guarda con igual celo el recuerdo del objeto apreciado que al caer se estropeó, o el postrado día en el que la espera estuvo atenta a que *todo pasara*.

Judith Nieto es escritora y profesora de la Escuela de Microbiología de la Universidad de Antioquia.